

La lucha de clases en Argentina durante el primer gobierno radical. Un análisis desde la revista Caras y Caretas.

María Fabiola Di Mare.

Cita:

María Fabiola Di Mare (2019). *La lucha de clases en Argentina durante el primer gobierno radical. Un análisis desde la revista Caras y Caretas. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/70>

La lucha de clases en Argentina durante el primer gobierno radical. Un análisis desde la revista Caras y Caretas

Eje 1. Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología.

Mesa 15 “La lucha de clases en Argentina durante el primer gobierno radical. Un análisis desde la revista Caras y Caretas”.

Autor: María Fabiola Di Mare L.

Pertinencia institucional: CONICET-Cehicopeme. Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP

fdimare@gmail.com

Resumen

El primer gobierno radical (1916-1922) estuvo signado por las huelgas y los conflictos obreros. Este trabajo da cuenta de las profundas contradicciones existentes entre capital y trabajo y la vigencia del pensamiento marxista en torno a la lucha de clases que para la época se experimentaba en las calles y en el choque continuo entre los movimientos huelguísticos y las fuerzas represivas del orden público. Los conflictos de mayor envergadura fueron las huelgas marítimas, las huelgas ferroviarias, las protestas universitarias de la Reforma de Córdoba en 1918 y la Semana Trágica de 1919. Se evidenciará la organización obrera que existía en el momento y cuál es la posición y el tratamiento de la revista Caras y Caretas en torno al escenario conflictivo. Se revisan las ideas que circulaban en el semanario en torno a estas huelgas a la luz de la teoría marxista. También se utilizan los aportes de algunos sociólogos de la escuela de Birmingham como Thompson y Hoggart. Asimismo, los planteos de Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Héctor Borraut también sustentan esta investigación.

Palabras claves: huelga, obreros, conflictos, marxismo.

Este estudio profundiza en la primera democracia que tuvo la Argentina y al mismo tiempo de cómo se trataron mediáticamente los acontecimientos más relevantes del país durante este periodo de efervescencia social en una de las revistas más importantes que ha tenido la Argentina en su historia comunicacional, *Caras y Caretas*.

El proceso de transformación sociocultural y política de la nación se evidenció en las luchas obreras y sociales durante el ensayo de la “república posible” durante el radicalismo (1916-1930). El ascenso de Hipólito Yrigoyen a la presidencia en octubre de 1916 representó el triunfo de una larga trayectoria en contra del régimen conservador y oligárquico, así como sus prácticas fraudulentas para mantenerse el *estatus quo*.

Al mismo tiempo, el proceso democrático iniciado con los primeros gobiernos de la Unión Cívica Radical (UCR) se enmarcó en un proceso más amplio de transformaciones sociales que venían suscitándose, no sólo por el cambio tecnológico que experimentaba la época, sino también por la madurez política y el nivel de organización que evidenciaban las masas. Se trataba de un momento en el que los obreros están plenamente constituidos en gremios y sindicatos, muchos de ellos con fuerza en todo el territorio nacional, como es el caso de los trabajadores marítimos y ferroviarios.

Para 1916 hay una prolífica cantidad de organizaciones sindicales y movimientos laborales que aspiran por mejores reivindicaciones socioeconómicas y, si bien los obreros no están unidos en un solo frente común, sí expresan un nivel de organización sin precedente¹.

La sociedad en general mostraba un avance sociocultural. De acuerdo con las noticias de los principales diarios del momento, los obreros se convertían en el motor de la historia, en sujetos políticos activos y organizados. Hace tiempo que, para esa época, Carlos Marx y Federico Engels habían publicado sus obras más notables sobre el funcionamiento las

¹ Para el momento, la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) estaba dividida en dos grandes sectores, la FORA del IX° y la FORA del V° Congreso. El primero estaba conformado por la vertiente sindicalista o los denominados “neutrales”, es decir, aquellos que se limitaban a solicitar reivindicaciones económicas y postulaban la no adhesión de posturas ideológicas o políticas. Por otro lado, en la FORA del V° se ubican los partidarios del comunismo, del socialismo revolucionario o del anarquismo, también llamados “anarcosindicalistas” o “maximalistas”, ambos términos muy empleados en la época. Estos últimos concebían cada conflicto como una oportunidad para luchar contra el capital y provocar una revolución social.

relaciones sociales de producción existentes en el capitalismo, las cuales condicionaban los vínculos sociales. Ambos publicaron su conocida obra “El manifiesto comunista” a fines del siglo XIX, donde instaban a los proletarios del mundo a unirse para cambiar el orden de las relaciones de dominación existentes. Marx en particular, expuso su amplia tesis sobre la lucha de clases entre proletariado y burguesía. De acuerdo con el autor, el proletariado entrega su fuerza laboral a cambio de un salario. Es decir, el obrero vende su fuerza laboral, que el burgués, propietario de los medios de producción, paga a un precio ínfimo respecto al plusvalor que obtiene con ese trabajo.

En lo ideológico, la teoría marxista inspiró a Lenin y a los bolcheviques para la Revolución Rusa de 1917 y al resto de las revoluciones comunistas y socialistas que se levantaban en el mundo en ese momento. Asimismo, la teoría clásica de Marx venía siendo profundamente estudiada y debatida a principios del siglo XX por diversas corrientes sociológicas europeas, desde racionalistas como Durkheim, Popper, Weber, entre otros, quienes discreparon del materialismo histórico. También se pueden mencionar los teóricos de la Escuela de Frankfurt, Adorno, Horkheimer o Benjamin como referente teóricos vinculados a la teoría crítica en torno las industrias culturales.

Sin embargo, como se sabe, el análisis marxista se centró en el capital y el trabajo, reduciendo las relaciones a solo dichos elementos y obviando otros aspectos trascendentales. En ese sentido, retrotraemos la posición de Habermas (1987), quien desarrolló una teoría de la acción comunicativa para emprender una crítica tanto a la sociedad capitalista como a la racionalidad del pensamiento moderno. El autor criticó el abandono del enfoque de la totalidad por parte de la ciencia a partir de pretensiones de validez normativistas y naturalistas.

En ese marco, el pensador alemán valoró la sociología y la antropología cultural como dos ciencias de la “crisis”, es decir, dos ciencias que permiten ahondar la correspondencia entre las distintas ciencias y subsistemas sociales. Esto lo indica particularmente al afirmar que la sociología ha sido la única ciencia que ha mantenido su relación con los problemas de la sociedad global, aun cuando no ha podido deshacerse de los problemas de la racionalización.

La tesis principal de Habermas (1987) es que “necesitamos una teoría de la acción comunicativa si queremos abordar hoy de forma adecuada la problemática de la racionalización social, en buena parte marginada después de Weber de la discusión sociológica especializada” (p. 23). El autor redefinió la racionalidad para propósitos comunicativos. Esto le permitió al autor introducir dos categorías de su propuesta, “mundo de la vida” y “sistemas”. Estos dos conceptos explican los elementos que integran las relaciones sociales y los intercambios existentes en la *praxis* humana, entendiendo *praxis* en el sentido del materialismo histórico.

El propio Habermas (1987) advierte al lector sobre la complejidad de la categoría “mundo de la vida”. Este se concatena con las imágenes que el ser humano recibe del mundo y también de ontologías inscriptas en las estructuras de las imágenes del mundo. La noción implica las diversas imágenes míticas del mundo, desde Lévi-Strauss, pasando por Durkheim y otros teóricos de la antropología, quienes buscaron comprender las imágenes constitutivas de la comprensión del mundo desde sus mitos hasta épocas más actuales en los albores de la modernidad. De igual forma, Weber también estaría inserto en la discusión al ser un autor que racionalizó las imágenes que existen sobre el mundo con su modelo estructuralista y la exposición del burocratismo como modelo organizativo. Resulta de interés el hecho de que Habermas, en la medida en que se introduce en la discusión fenomenológica y hermenéutica sobre el mundo, va entrando en sus formas de totalizantes primitivas vinculadas con los mitos que asocian al mundo con formas de la vida social. Se trata entonces de una categoría totalizadora.

Habermas (1987) propuso una teoría que cuestionó el racionalismo desde los puntos de vista del subjetivismo y el individualismo que se venían abordando en la discusión teórica de la época. Particularmente, el autor discutió en Marx la reducción del análisis al plano material, en este caso al trabajo como forma de dominación y apropiación del plusvalor y no tomar en cuenta otros aspectos que son fundamentales en la *praxis* humana, como la comunicación. Es decir, Habermas (1987) abogaba por tomar en cuenta otras nociones más amplias, como es el caso de las interacciones o intersubjetividades que se producen en el plano societal, entre ellas la cultura.

En cuanto a la categoría “mundos de la vida”, esta estaba instituida por tres cuestiones, la cultura, la sociedad y la personalidad. Cada uno de estos elementos ejerce una influencia sobre la acción, permiten establecer pautas determinadas en las relaciones de los sujetos y estructura un modo de ser de los individuos. La racionalidad las concebía separadas, pero la idea de Habermas (1987) es concebirlas en una totalidad para una comprensión integral de los fenómenos sociales. Esta idea permite comprender los sujetos y sus posibilidades de reproducción material y simbólica, los cuales no pueden concebirse separadas, como de hecho fue lo que realizó la modernidad, con el enfoque racionalista y el positivista.

De tal manera que, el análisis de las relaciones pasaba para Habermas (1987) por un método trascendental, una forma que trascendiera las concepciones tradicionales y reduccionistas hacia una posición integral de las relaciones sociales y estructurales. Consideraba, como se indicó, que solo ciencias como la sociología podían lograr esto y particularmente estudiándola a partir de la comunicación. La teoría de Habermas que se ha intentado sintetizar brevemente permite introducir la noción trascendental y totalizadora que se maneja en este estudio doctoral acerca de la vinculación entre la comunicación con otras disciplinas como la sociología, la historia, la semiótica de la cultura, el análisis discursivo y diversos enfoques que permitan establecer un análisis amplio sobre el tema y la revista objeto de estudio.

Es pertinente precisar que la época que se estudia es una era plena de transformaciones y convulsiones en diversas partes del mundo, especialmente en Europa, no solo por las revoluciones que se alzaban, sino por los cambios socioculturales en cuanto a mayor participación de la mujer en el mundo político y laboral, el establecimiento del voto como mecanismo del sufragio universal en las democracias occidentales, lo que ameritó que los candidatos a cargos de elección popular realizaran campañas electorales para ganar el favoritismo de las masas.

En la Argentina también se impulsaban cambios que iban a modificar el mapa político y social de la nación. Uno de estos hitos fue la aprobación de la Ley Sáez Peña, en 1912, ley que lleva el mote del presidente que la promovió, con la cual se abrió la posibilidad

de votar en condiciones menos restrictivas, por medio del padrón militar, de manera universal, directa y secreta a los masculinos mayores de 18 años.

Otro hecho de interés para el momento histórico que analiza esta investigación, es que, en 1914 inició la Primera Guerra Mundial. El escenario internacional está conmocionado por las noticias que llegan desde el frente bélico. La economía internacional experimenta un declive producto de esta confrontación entre potencias, lo cual afecta directamente a la Argentina al existir restricciones en el comercio internacional y particularmente en el transporte marítimo de mercancías.

La Primera Guerra Mundial en la Argentina está también relacionada con la efervescencia obrera y social del momento, puesto que el país transitaba por una crisis que se experimentó en los salarios y en la recesión interna. No obstante, como indicamos previamente, los conflictos obreros se vinculan con el proceso democrático que se origina a partir de la corriente de ideas, expresiones y aires menos represivos que se impuso con el gobierno radical.

Se trató de un momento de democratización en todos los órdenes. La prensa difunde información libremente, e incluso, son diversos los periódicos que se oponen abiertamente al líder y al proyecto radical. La élite conservadora no soportaba el ascenso de las masas populares, quienes tomaron visibilidad. El auge de las capas medias, los pequeños propietarios de tierras, pero especialmente, los obreros, se ven representados en el movimiento político que irrumpió en la escena para desplazar al anterior régimen oligárquico.

La UCR le dio visibilidad a un movimiento heterogéneo que aglutinó a diversos sectores en torno al liderazgo de Yrigoyen, quien hizo de su prédica una suerte de apostolado de la moral y el bien público. Los teóricos actuales lo podrían calificar como populista, por su capacidad de amalgamar a las masas en torno a un líder mesiánico, así como en la construcción del relato que reconocer al héroe (Yrigoyen) como redentor de los pobres. Ese atributo lo dotó del poder de negociar directamente con los trabajadores, así como con todos los sectores sociales y políticos de la vida nacional.

Precisamente, la depresión económica que ocasionó la guerra, produjo las numerosas huelgas obreras y movilizaciones que se registraron durante el primer periodo de Yrigoyen (1916-1922). Los trabajadores de industrias y empresas de diversos sectores económicos para

exigir salarios justos, mayores reivindicaciones, contrato de trabajo, pago de feriados y domingos, entre otros beneficios que, como quedó registrado en la historia, estos beneficios serían conquistados a partir de 1946 con el peronismo.

El yrigoyenismo intentó llevar adelante algunas conquistas socioeconómicas, que muchas veces se frustraron por obstáculos en el Congreso, donde se concentraban significativos espacios de poder de sus adversarios, en especial en el Senado. Aun así, los logros y las huelgas obreras, así como la intervención o la negociación por parte del gobierno en muchos de estos conflictos, hicieron que el primer gobierno de Yrigoyen pasase a la historia como el primer “quinquenio revolucionario”.

A propósito de lo dicho anteriormente, la revista *Caras y Caretas*, la publicación que soporta este estudio, se caracterizaba por difundir noticias, reportajes y fotografías de la gran cantidad de movilizaciones obreras de la época. Una de las primeras huelgas que tuvo que enfrentar Yrigoyen, recién llegado a la presidencia, fue la de un sector laboral sensible para la economía nacional, las huelgas de los trabajadores ferroviarios. Los obreros de este sector suspendían el embarque de las cosechas y mercancías en el puerto para presionar a las empresas navieras, la mayoría de capital extranjeros, predominantemente británicos.

En ese sentido, la huelga en el puerto de Buenos Aires fue el primer conflicto que tuvo que enfrentar el yrigoyenismo, con la cual además demostró su voluntad y capacidad de negociar pacíficamente en los conflictos, a favor de los obreros. Esta es una marca distintiva del radicalismo con los gobiernos anteriores, la negociación directa con los sindicatos y gremios obreros, sobre todo si se trataba de empresas estratégicas para el país en la cual estaban involucrados una ingente cantidad de trabajadores.

El diálogo con los sindicatos, o con ciertos gremios, provocó que muchos sectores laborales se manifestaran para exigir derechos. No obstante, en todas las ocasiones el gobierno yrigoyenista no respondía de forma conciliadora hacia todos los reclamos reivindicativos. Incluso, durante el primer periodo yrigoyenista se producen dos importantes represiones hacia obreros, que desencadenan miles de muertos, la Semana Trágica de enero de 1919 y los hechos conocidos en el sur del país como la Patagonia Rebelde o la Patagonia Trágica.

De tal manera que, se trata de un momento coyuntural de lucha colectiva que está vinculada con factores internos y externos que determinan los acontecimientos. Este estudio toma la noción de conflicto que maneja Borrat (1989), en el sentido de que los conflictos suceden cuando hay una lucha de poder en la sociedad. Hay conflicto porque hay dominación de una clase sobre otra y la tensión se produce por la condición subalterna de ciertos grupos que presionan para tomar posición en el espacio social.

Asimismo, el término “obreros” lo referimos basándonos en una construcción social. Obviamos la noción de “clase” por todas las connotaciones ideológicas y teorías, algunas contrapuestas, que se vinculan con un término problemático de por sí. Preferimos hablar de obreros como un sector en formación, tomando la noción de Thompson (1989) un movimiento que se forja a sí mismo al calor de la experiencia, de los sujetos y sus prácticas concretas, en este caso las luchas que libran los trabajadores en la calle.

A propósito, valga retrotraer en esta discusión el análisis de Romero y Gutiérrez (2007), quienes refieren el término “sectores populares”. Los autores indican que el momento histórico que estudiamos, el periodo de entreguerras, se asiste un público más despolitizado. Se trataría de sectores medios que habrían dejado de lado las luchas y se organiza en torno a clubes deportivos o asociaciones mutuales. Según dicho estudio, la agitación obrera formaba parte del pasado.

Sin embargo, esta investigación parte de la idea de que los obreros sí están politizados, organizados y libran una lucha en el espacio público por el reconocimiento de sus reivindicaciones y sus derechos como ciudadanos.

En ese sentido, contrario a la tesis que sostienen Romero y Gutiérrez (2007), las masas obreras evidencian una organización y madurez política que se demuestra en la forma cómo se agrupan para emprender los reclamos. Lejos de una masa despolitizada, se está ante un grupo social heterogéneo compuesto por un sector de tradición socialista y anarquista, pero al mismo tiempo impregnada por los nuevos liderazgos juveniles, segunda y tercera generación de inmigrantes. Otro aspecto de interés del momento es que las mujeres también toman protagonismo político. Asumen funciones dentro de las organizaciones huelguísticas y en algunos casos, se las ve encabezando mítines populares, como ocurrió en la Gran Huelga Ferroviarias de 1917 y en los mítines de calle relativos a la Reforma de Córdoba de 1918.

La revista *Caras y Caretas* es la fuente primordial de este estudio. Todos los procesos descriptos previamente fueron tratados de forma singular por esta publicación. El semanario transita durante 1916-1930 una etapa que no se ha descubierto en los estudios que existen sobre la revista. En ese orden, esta investigación profundiza en la construcción periodística y el tratamiento comunicacional de *Caras y Caretas* en torno a los conflictos obreros durante el periodo radical que comprende, el primer gobierno de Yrigoyen (1916-1922), el gobierno de Marcelo T. de Alvear (1922-1928) y el último gobierno yrigoyenista (1928-1930) que fue derrocado mediante un golpe de estado.

Se trata de valorar el discurso periodístico que empleó la revista como actor político (Borrat, 1989) y de qué manera se posicionó dentro del campo político (Bourdieu, 1997/2007). Asimismo, la investigación doctoral se propone ahondar en las representaciones que ofrece la revista *Caras y Caretas* en torno a los conflictos obreros y las tensiones sociales. Se toman en consideración las investigaciones de Chartier (1992) en cuanto a las representaciones del lector en los libros azules y otras publicaciones estudiadas por el autor. Se entiende que un texto no solo expresa la visión de quien lo produce, sino que también es producido por la imaginación e interpretación del lector. En ese sentido, de acuerdo con las capacidades, expectativas y prácticas de la comunidad a la que pertenece un texto, éste establece un sentido particular. Esto hace suponer que toda publicación periódica no es el resultado de lo que construyen sus editores, sino que su estructura está gobernada por las formas de lectura que los editores aprecian de los lectores que aspiran conquistar.

Caras y Caretas reflejó las tensiones existentes y emprendió un proceso de inclusiones, exclusiones y jerarquización en los conflictos para construir un discurso que la ubica en una posición política determinada y este es un aspecto que también pretende vislumbrar el presente estudio.

El semanario surgió en el marco del aire civilizatorio y la afluencia migratoria europea. Sus fundadores, Eustoquio Pellicer y Roberto Payró eran inmigrantes. Estos tuvieron como principal propósito crear una revista popular y de actualidad, que reflejara las corrientes e ideas del Río de La Plata y de distintos lugares del mundo. En ella publicaron los más connotados escritores y artistas de la época. Formó parte del proceso de autonomización y profesionalización del escritor al ser una revista que pagaba por las

colaboraciones y permitía posicionar distintas ideas y posturas. Además, contó con corresponsales en distintas partes de la Argentina y del mundo, concretamente en Europa y Estados Unidos.

Como lo indica Rogers (2008), cuando la revista surgió en octubre de 1898, contó con el apoyo de los Mitre, propietarios del diario *La Nación*. Se entiende que ni Pellicer ni Payró contaban con los recursos económicos para emprender un proyecto de tal envergadura como una revista de amplia circulación. Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del fundador del diario *La Nación*, figuró como primer director de *Caras y Caretas*, aunque inmediatamente renunció, cuando el primer número ni siquiera había sido impreso. En aquel momento encabezó la dirección José Sixto Álvarez, quien también escribía o era periodista de dicho diario.

Un dato interesante para entender el mecenazgo de los Mitre hacia la revista es que su primera sede fue una casona en la calle San Martín 284 de la ciudad de Buenos Aires, donde Mitre y Vedia tenía su oficina como traductor público, remates y comisiones. Antes de cumplir un año se trasladó a otro sitio, en Maipú esquina Corrientes y en septiembre de 1900 pasó a la calle Bolívar al 578. No hay nada explícitamente declarado, aunque existen indicios para presumir que había un apoyo material de los Mitre detrás de la publicación, dado su línea editorial, así como el tono moderado y conservador que manejaba. A propósito, el estudio también considera un eje central analizar las vinculaciones de la revista como empresa, sus propietarios y su línea editorial, tomando en consideración lo que indica Borrat (1989) sobre las inclusiones, exclusiones y jerarquizaciones.

La primera presidencia de Yrigoyen

El ascenso de Hipólito Yrigoyen a la presidencia de la República en 1916 inició un proceso democratizador en la política argentina. Su mandato coincidió con una atmósfera sociocultural en transformación. El líder radical asumió la presidencia el 12 de octubre de 1916, a raíz de la Ley Sáenz Peña, cuya aprobación posibilitó a la población masculina mayor de 18 años votar en condiciones menos restrictivas. Para relatar lo que fue la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen es pertinente comenzar indicando los aspectos económicos que marcaron el periodo y determinaron las políticas desarrolladas, así como los

acontecimientos que se suscitaron. Es pertinente retrotraer el análisis que hace Ramos (2006) en torno al primer gobierno radical:

Las transformaciones llevadas a cabo por el radicalismo yrigoyenista durante su primera presidencia se dirigían a la superestructura del aparato gubernamental, y no alteraban la base misma del sistema oligárquico. Encarnaba un nacionalismo agrario fundado en los presupuestos mismos del país agropecuario y exportador heredado del siglo anterior (Ramos, 2006, p. 208).

Por esta razón, durante el periodo 1916-1922 la base económica del estado siguió inalterable. Yrigoyen se propuso redistribuir la renta nacional, sin alterar los cimientos de la estructura económica agraria subdesarrollada. La política económica de Yrigoyen apuntaba hacia un nacionalismo agrario, a juicio de Ramos (2006). Lo cierto es que la primera presidencia de Yrigoyen estuvo marcada por los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. En el marco de la crisis que atravesaba Europa en el ámbito financiero y el escenario bélico, el líder radical asume el mando en medio de una depresión económica que inició en 1913 con la interrupción de la inversión extranjera. Esta crisis se acentuó con el estallido de la guerra en 1914, lo que trajo como consecuencia a la Argentina la merma de la exportación agrícola y la reducción de las importaciones. La cosecha del año 1916 fracasó porque no pudo ser colocada en el mercado internacional y ello conllevó a una disminución en el volumen del comercio exterior.

Rock (2010) refiere dos periodos que atravesó el gobierno yrigoyenista. Por un lado, durante los años 1913- 1917 hubo un momento de depresión, mientras que en el lapso 1918-1921 se produjo un auge económico en el que creció la demanda de exportaciones. Es por esta razón que en los primeros años de la presidencia de Yrigoyen creció el desempleo y por ende se vio afectada la clase obrera urbana; esto generó numerosas huelgas y reclamos reivindicativos de parte de diversos sectores laborales.

Pese a la bonanza económica de principios de siglo, entre 1900 y 1913, Gerchunoff (2016) refiere que el salario real disminuyó 13%, acompañado de una pérdida de participación de los asalariados en el ingreso nacional y deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores. El estallido de la guerra en 1914 profundizó la regresividad distributiva y se combinaron dos factores: desempleo e inflación. El shock negativo se debió principalmente al recorte de los flujos comerciales internacionales, que a su vez repercutió

en el mercado interno debido a las consecuencias que sobre la oferta de bienes importados tiene el valor de los seguros y los fletes (Gerchunoff, 2016, p. 21). En ese sentido, durante el conflicto bélico, así como en la posguerra inmediata, se profundizó una regresión en los salarios, un incremento de la inflación y aumento del desempleo. “El desempleo fue una de las principales novedades que trajo la guerra. En 1912 se ubicó en 5,1%; 14,5% para 1915; 17,7% en 1916 y casi 20% en 1917” (Gerchunoff, 2016, p. 68). Este contexto laboral tuvo como agregado las precarias condiciones laborales existentes, en especial en empresas de capital extranjero .

No obstante, las consecuencias negativas de la guerra se vivieron hasta 1919, momento en el que diversos sectores económicos comenzaron a crecer y consecuentemente se incrementó de nuevo la demanda de trabajo. De ese modo, se inició un clima propicio para que los gremios laborales exigieran reivindicaciones y además fortaleciesen su posición de negociación (Falcón y Monserrat, 2000; Rock, 2010). El año de mayor tensión social del radicalismo fue 1919, momento en el que se contabilizaron 259 huelgas, en las que tuvieron participación 309.000 trabajadores. En ese año se desencadenó una de las huelgas con mayores consecuencias fatales y políticas que haya experimentado hasta el momento el país, conocida como la Semana Trágica, mote incorporado por la propia revista objeto de esta investigación, *Caras y Caretas*.

A nivel interno, otro efecto de la guerra fue la inflación, de allí que se incrementaron los precios de los alimentos en un 300%, de acuerdo con datos de Rock (2010). Luego de 1917 la demanda de productos agropecuarios se intensificó y aumentó la presión inflacionaria. El costo de la vida urbana aumentó en un 65%: los alimentos subieron un 40% y los alquileres en 15% (Rock, 2010). A propósito de este escenario, los terratenientes y productores urbanos sacaron provecho de la situación, pero los grupos urbanos se vieron afectados. Frente a esta situación, Yrigoyen propuso modificaciones impositivas a los exportadores, un esquema similar a lo que hoy se conocen como retenciones a las exportaciones. Este impuesto fue temporario y se adoptó el 18 de enero de 1918 (Gerchunoff, 2016).

Las huelgas y la política laboral yrigoyenista

El auge del sindicalismo y el obrerismo representó en un desafío para el gobierno de Yrigoyen, que afrontó a través de estrategias diversas, incluso contradictorias, según fuere el sector económico del conflicto, el tipo de empresa y el número de trabajadores involucrados en la huelga. De esta manera, el control sobre la situación obrera osciló entre la mediación y negociación con los gremios, o bien la represión a través de la fuerza pública.

Las huelgas que ocurrieron en la primera presidencia de Yrigoyen, durante los años del “quinquenio revolucionario”, es decir, entre 1917 y 1921, fueron una consecuencia directa de los efectos de la inflación sobre los salarios durante la guerra y la posguerra inmediata. Durante los años 1916-1917 se sucedieron las huelgas marítimas como parte de los reclamos de los trabajadores del puerto de La Boca, agrupados en la Federación Obrera Marítima (FOM), quienes interrumpían el embarque de los productos de las cosechas en los barcos para presionar a las empresas navieras extranjeras por mejores condiciones salariales.

En efecto, el primer conflicto obrero que enfrentó el gobierno de Yrigoyen fue una huelga de empleados marítimos hacia fines de 1916. Esta huelga significó el signo de los nuevos tiempos que corrían, debido a la posición inédita del gobierno de negociar con el sindicato y mediar con la empresa a favor de los reclamos reivindicativos de la masa trabajadora. Debido a la importancia estratégica de mantener el control y el favoritismo de los sindicatos marítimos, el gobierno de Yrigoyen mantuvo una posición proclive a los sindicatos de este sector; además, el gobierno sabía que obtendría rédito político con la popularidad y el favoritismo del barrio de La Boca, un sector de trabajadores muy importante en la Capital.

El gobierno radical intercedió para propiciar un arbitraje entre las compañías navieras y la FOM. En esta primera huelga los trabajadores obtuvieron entre un 75 y un 90-95% de lo que solicitaban. No obstante, los conflictos en el puerto fueron recurrentes debido a la oposición de algunas empresas navieras en pagar lo establecido en el arbitraje. En estos primeros años, por lo general, la mediación gubernamental lograba un acuerdo para que los trabajadores retomasen sus posiciones laborales sin represalias.

La política de intervención y tolerancia de la actividad huelguística hacia algunos sindicatos se extendió. El gobierno persistió en el intervencionismo directo mediante varias figuras, que iban desde el Jefe de la Policía de Buenos Aires, el Departamento Nacional del

Trabajo (DNT), el Ministerio de Obras Públicas (MOP) o el Ministerio del Interior. La institución que se involucraba en la huelga dependía del tipo de conflicto y de su trascendencia.

Para 1917-1918 se sucedieron las huelgas ferroviarias. De los 33.000 kilómetros de vías férreas del país, el 65% del sistema era de capital británico. La causa de la paralización organizada por los principales sindicatos, La Fraternidad y la Federación Obrera Ferroviaria (FOF). Conviene mencionar que, en el caso de la Gran Huelga Ferroviaria de 1917, además de los dos sindicatos ferroviarios más importantes, también estuvo involucrada la Asociación Argentina de Telegrafistas y Empleados Postales (AATEP), con lo cual se suspendió el correo postal y en general las comunicaciones del país se vieron afectadas. Más aún, en este conflicto en particular intervino la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del IX Congreso con la convocatoria a una huelga general.

Las huelgas ferroviarias y marítimas tuvieron como fin exigir aumentos salariales, jornadas laborales de ocho horas, plan de jubilación y reincorporación de despedidos durante la huelgas, entre otras solicitudes que en el caso de los ferroviarios estaban en reclamo desde 1912. En estas huelgas intervenía el gobierno a favor de los sindicatos, debido a que es un sector estratégico para la economía nacional y por la gran cantidad de trabajadores involucrados.

En este mismo lapso de tiempo, los trabajadores de los frigoríficos, manejados por empresas estadounidenses, así como los trabajadores municipales, emprendieron huelgas. Sin embargo, no recibieron el mismo apoyo, en tanto que el gobierno reprimió estas protestas con la policía (Falcón y Monserrat, 2000; Rock, 2010; Horowitz, 2015). Esta postura contradictoria del gobierno de mediar y favorecer a unos sectores laborales y a otros no, constituye uno de las principales cuestionamientos que, en el análisis de la política yrigoyenista, incluso en los estudios más actuales sobre la época radical.

Durante la época radical existía una división en el movimiento obrero, el cual se agrupaba en dos centrales: la FORA del IX° y la FORA del V° Congreso. El primero estaba conformado por los socialistas y por la vertiente sindicalista o “neutral”, es decir, aquella que postula la no adhesión de posturas ideológicas o políticas, es decir, es proclive a las solicitudes netamente reivindicativas. En la FORA del V° se ubican los partidarios del

comunismo, del socialismo revolucionario o del anarquismo, también llamados “anarcosindicalistas”. Estos últimos concebían cada conflicto como una oportunidad para luchar contra el capital y provocar una revolución social.

La FORA del V° tomó como inspiración a la Revolución de Octubre de 1917 y las revoluciones del proletariado que se suscitaban en ese momento en Europa. Concebía el concepto de huelga general revolucionaria formulada por la Confédération Générale du Travail (CGT) francesa, en octubre de 1906. Esta última apostó por el apoliticismo y consideraba el sindicato como el instrumento necesario que había de transformar la sociedad en clave revolucionaria, a través de una huelga general revolucionaria. En ese sentido, este escenario de tendencias complicaba aún más las relaciones con el movimiento obrero, toda vez que la estrategia del gobierno radical se orientó en aislar a los maximalistas y entablar vínculos con los sindicatos neutrales y en especial con aquellos sindicatos que aglomerasen mayor cantidad de trabajadores nativos o nacionales.

Lo cierto es que las relaciones del gobierno radical con los trabajadores eran un asunto primordial. El propio Yrigoyen se habría encargado en lo personal de mediar con algunos sindicatos importantes y de dialogar con los patronos para lograr satisfacer las reivindicaciones y exigencias laborales de los trabajadores. Incluso, Horowitz (2015) refiere una política de patronazgo y clientelismo de parte de los radicales para ganarse la adhesión de numerosos sectores que buscaban un puesto en la administración pública.

De acuerdo con las versiones que ofrecen Rock (2010) y Horowitz (2015), en materia laboral el gobierno mantuvo una posición contradictoria, por cuanto privilegió las relaciones con algunos sindicatos, mientras asumió una posición distinta con otros, como ocurrió con las huelgas en los frigoríficos y en la municipalidad porteña. La misma situación contradictoria de parte del gobierno se observó en los hechos acontecidos en enero de 1919 conocidos como la “Semana trágica” en el marco de la huelga emprendida por los trabajadores de Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena, empresa ubicada en la ciudad de Buenos Aires. Los trabajadores de este taller exigían aumentos salariales, jornada diaria de 8 horas, abolición del trabajo a destajo, pago de domingos y feriados en un 100% y la reposición de los obreros huelguistas echados por la empresa al iniciarse el conflicto (Bilsky, 1984; Godio, 1985).

La Semana Trágica comenzó cuando un grupo de trabajadores rompehuelgas, que transportaban materia prima desde los depósitos hacia la planta industrializadora de la empresa Vasena, fueron sido embestidos por huelguistas con piedras y trozos de madera en Avenida Alcorta y Peperí. Los carreros no se detuvieron y en defensa de éstos acudió la policía, disparando a los huelguistas. Al abrir fuego, las fuerzas policiales mataron a cuatro hombres e hirieron a otros cuarenta, mujeres y niños inclusive, así como también a numerosas personas entre transeúntes y curiosos (*La Nación*, 1919). Ante estos hechos, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del V Congreso, lanzó una huelga general que se extendió por varios días y tuvo eco en el interior del país.

El traslado de los obreros muertos hacia el cementerio de Chacarita estuvo signado por la violencia a gran escala tanto de parte de la policía como de los trabajadores en pugna. El hecho causó repercusiones y conmoción, puesto que el Ejército se involucró en estos hechos, debido a que, sin la autorización de Yrigoyen, ingresaron tropas de Campo de Mayo hacia la Capital, con el propósito de contener los desordenes.

Estos hechos, que la revista *Caras y Caretas* intituló como “la Semana Trágica”, acarrearón diversas consecuencias en el ámbito político. Una de ellas es el surgimiento de la Liga Patriótica Argentina, movimiento conformado por un grupo de conservadores de la élite, que el propio Halperín (1999) calificó de tener afinidades con el fascismo. Esta Liga tiene sus antecedentes en la Asociación del Trabajo, una agrupación patronal que se conformó en reacción a la política del gobierno favorable a los sindicatos durante las huelgas marítimas y ferroviarias. La Asociación del Trabajo fue fundada en 1918 por diversas asociaciones privadas. A continuación, se explica el propósito de dicho movimiento antiobrero:

El gran capital extranjero y el nacional se coaligaban con el fin de contrarrestar la creciente combatividad y espíritu revolucionario de los trabajadores argentinos. Su presidente, en 1918, era Pedro Christophersen, presidente de la Bolsa de Comercio, y su alma mater, Joaquín S. de Anchorena, con un alto cargo en la Sociedad Rural. La Asociación del Trabajo proveía de rompehuelgas a las empresas en conflicto y también guardias armados, reclutados entre policías, maleantes, etc. (Godio, 1972, p. 192).

La mayoría de los miembros de la Asociación del Trabajo, junto con otros sectores conservadores y antiyrigoyenistas, pasaron después de 1919 a formar parte de la Liga

Patriótica Argentina. Esta fungió como un sector armado paramilitar, cuya mayor proeza fue emprender la matanza de peones huelguistas de estancias patagónicas en noviembre de 1921, un hecho sangriento que pasaría a la historia como “la Patagonia trágica”. La Liga surgió como una respuesta de la élite económica frente a la falta de firmeza del gobierno radical en reprimir las huelgas obreras (Godio (1972) indica que bajo lemas como “defensores del orden”, “defensa de la nacionalidad” o defensa de lo que denominaban la “argentinidad”, se organizaron estos grupos para reprimir severamente las huelgas. La organización hacía colectas para pagar a soldados, policías y marineros a cambio de que éstos reprimiesen a los trabajadores.

Luego de los hechos de la Semana Trágica muchas se reprodujeron denuncias en torno a la persecución y muerte de personas, mayoritariamente extranjeras y de origen ruso, a quienes se les calificaba de “maximalistas” o anarquistas. El diario *La Nación* hizo una breve nota al respecto rechazando la escalada chauvinista que se suscitó posterior a estos acontecimientos. La Liga Patriótica estuvo involucrada en estos hechos y en efecto emergió como una reacción de los sectores antiyrigoyenistas para detener las luchas obreras. Ideológicamente se identifican con la derecha, con el fascismo o protofascismo que surgió en la década del 20 en Europa y Estados Unidos (McGee, 2003). Este movimiento nacionalista, conservador y católico fue el germen de la contrarrevolución que derrocó a Yrigoyen en 1930.

Pese a la crisis política que se originó con la Semana Trágica, Yrigoyen siguió apoyando las huelgas de trabajadores por un par de años más, hasta 1921, momento en que el gobierno dio un giro a la política laboral asumida hasta entonces. Como ya se indicó, la mediación del gobierno se orientó principalmente hacia los conflictos laborales en el puerto de La Boca, en los trabajadores ferroviarios, así como las huelgas en el medio rural, especialmente en las estancias ovejeras de La Patagonia, en las zonas de quebrachos y las áreas cerealeras claves para la exportación. Al finalizar la primera presidencia de Yrigoyen, el gobierno comenzó a modificar su política de respaldo a las huelgas debido a los problemas económicos que atravesaba el país y por contradicciones y choques internos dentro de la UCR. Además, “las presiones no solo venían del sistema político. Las brigadas de la Liga Patriótica realizaban con frecuencia manifestaciones armadas y procuraban romper los sindicatos” (Horowitz, 2015, p. 171).

Las constantes paralizaciones en el puerto amenazaban el comercio y las relaciones con otros países, razón por la cual, el gobierno radical ejerció acciones para minimizar los conflictos, tanto mediante las negociaciones como con la represión policial. En realidad, en 1921 ya existía un desgaste en cuanto a esta modalidad de lucha gremial, no sólo en Argentina sino en todo el mundo, luego de la oleada huelguística de 1917. La proximidad de las elecciones presidenciales de 1922 y la situación económica, propiciaron la disminución de la agitación laboral.

En todos estos conflictos mencionados la revista *Caras y Caretas* mantuvo una posición favorable al capital, en especial cuando se trataba de intereses foráneos, es decir, empresas extranjeras. Su posición diferenciada actuaba con base en su política editorial favorable a la clase dominante. Esta publicación demostró una clara vinculación con la oligarquía y las élites económicas, aun cuando trataba de mostrar un discurso polifónico y plural.